

Intrépido Explorador de los Bosques

Por Julio César G. Servín

Esta como todas las navidades, el mundo cristiano celebrará el nacimiento de Jesucristo, alegrando sus hogares con múltiples adornos: la escarcha, el nacimiento, las luces de colores, los reyes magos, las esferitas; en fin, todo aquello tradicional y acostumbrado por cada pueblo. Indudablemente, el árbol de navidad, ocupará un lugar preponderante y si el árbol es natural y de origen canadiense quizá sea de la popular especie conocida como Douglas.

Este árbol, a veces mal nombrado "pino", es en realidad un abeto que crece a más de 55 metros y su tronco puede medir más de 13 circunferencia. Prolifera en la costa canadiense del Pacífico donde sus bosques cubren más de 25 millones de acres extendiéndose desde la Colombia Británica hasta el Monte Shasta en California, E. U. A.

Para el mundo europeo era desconocido. El primero en verlo y describirlo fue el Capitán James Cook quien lo observó durante su exploración de la Isla de Vancouver (ver Canadá Hoy, Vol. II, No. 2). Sin embargo, correspondió a un joven e intrépido botánico escocés describirlo a fondo y enviarlo a Inglaterra.

Este infatigable explorador perteneció a la selecta casta de hombres que se han aventurado en regiones desconocidas, inhóspitas y salvajes, con el fin de dar a conocer al resto del mundo lo que ellas albergaban. Durante diez años, nuestro botánico recorrió vastas tierras vírgenes sirviéndose de sus pies, canoas, raquetas para nieve y, pocas veces, del caballo. En un lapso de dos años, más de 16,000 fueron los kilómetros que este científico recorrió en sus andanzas y en el orden de las centenas las plantas que con profundo celo profesional recogió y describió en sus notas.

A los veinticinco años, fue el primer hombre blanco que viajó por esos parajes. Ataviado de unos pantalones de piel, camisa de lana, cubierta la cabeza con un sombrero de paja que le tejió un indio, mochila en la espalda y fusil al hombro (cuyo fin era para dispararle a las piñas para bajarlas de los árboles demasiado altos), recorrió esas tierras la mayor parte de las veces solo y algunas ocasiones en compañía de algún guía indio.

Al regresar de sus viajes, la colección de especímenes que había reunido era siempre impresionante. En su mochila llevaba, además de instrumentos científicos, tinta, un diario y una tierra especial para conservar las plantas que recogía. Al final de su primer viaje, las muestras incluían un abeto del que escribió: "Este árbol puede ser útil para un gran número de aplicaciones domésticas". Poco imaginó en aquel entonces el profundo significado de lo que había percibido. Ese abeto, que hoy lleva su nombre, ha encontrado innumerables aplicaciones en la construcción y ha dado a Colombia Británica una de sus principales fuentes de ingresos ya que no sólo se aprovecha localmente, sino que su madera y sus derivados se exportan al mundo entero.



Al cabo de casi cuatro años en el noroeste, Douglas regresó a Inglaterra, donde fue recibido como el Cristóbal Colón de la botánica. La Sociedad Linné, a la que pertenecían los más grandes sabios de la época, lo hizo miembro honorario.

Igual hicieron la Sociedad de Zoología y la de Geología y otras muchas que también le rindieron honores.

Pero este joven no disfrutaba de los placeres del renombre y prefirió regresar a los bosques de América. Esta vez, ya por el año de 1830, empezó su recorrido por las costas de California. Su intención era recorrer la costa del Pacífico y regresar a Inglaterra vía Rusia. Desgraciadamente, por una serie de circunstancias adversas, sus planes no se llevaron a cabo, sin embargo, sin saberlo y a causa de sus envíos y de sus anotaciones se originaron dos grandes búsquedas: la del oro en California y la del Monte Brown, que al describirlo "entre no menos de 16,000 a 17,000 pies por sobre el nivel del mar..." lo hacía la montaña más alta del continente.

Aunque parezca increíble, la fiebre de oro no empezó en Sutter's Mill en 1848, sino en Londres en 1831. Esto se debió a que algunos horticultores ingleses descubrieron pepitas de oro adheridas a las raíces de los pinos que había enviado Douglas desde Monterey, California.

La segunda búsqueda empezó cuando varios exploradores no encontraron el desafiante pico descrito por Douglas. Se caminaron múltiples sendas, se escalaron infinidad de montañas y se levantaron gran cantidad de mapas, pero el fantástico Monte Brown no aparecía por ningún lado. Por un involuntario error, Douglas había asignado una altura mayor a una montaña que en realidad sólo tiene alrededor de 9,000 pies. Error fructífero fue éste, ya que el cúmulo de datos que se obtuvieron en su búsqueda dejaron un útil legado que permitió levantar mejores y más exactos mapas de la región.

Cuando escribió sobre el Monte Brown, Douglas se encontraba ya cerca del final de su carrera. Hacía poco que con tristeza había descubierto que ya no veía con el ojo derecho; la nieve y el intenso sol de las regiones exploradas lo habían dejado ciego.

A pesar de esto, su espíritu de explorador no decreció y continuó sus viajes en compañía de Billy, su fiel Terrier escocés.

Por casi un año, volvió a recorrer Colombia Británica y el Cañón de Fort George, donde casi murió ahogado en el río Fraser. En octubre de 1833 se embarcó hacia Hawaii. Una vez en la isla, empezó nuevamente sus exploraciones. Fue impresionado en tal forma por la belleza del paisaje y lo exhuberante de la vegetación, que anotó en su diario: "¡Qué pequeñas son las obras de la mano del hombre en comparación con la grandeza de las hechas por Dios".

Así estaban las cosas, y cuando sólo contaba con treinta y cinco años, David Douglas encontró una muerte súbita y misteriosa. Aparentemente a causa de su ceguera, cayó en un foso. Breve fue su vida, pero intensamente fructífera. Por ello, su herencia y su memoria se levantan robustas y grandiosas como el monumento viviente que lleva su nombre: el abeto Douglas.

Las tres etapas del hombre según la navidad son: 1a., cuando cree en Santa Claus; 2a., cuando ya no cree; 3a., cuando lo es.